

Libro Tres Trilogía de la Segunda Edad

EXALTADO



HIJOS DEL DRAGÓN

Richard E. Dansky

Eliezer Wren y el niño guerrero, Yushuv, dos Exaltados Solares bendecidos por la providencia y malditos por el destino, siguen huyendo. Tras ellos, pisándole los talones, viene una hueste de enemigos implacables: la Partida Salvaje de los Sangre de Dragón, el guerrero no-muerto Cazarratas, el lobo-espíritu Rompehuesos y los enigmáticos cazadores de la Buena Gente. Y, por encima de todos ellos, el mismísimo Príncipe de las Sombras, servidor favorito de la Muerte, que espera poder abatirlos y reclamar sus almas como derecho de conquista.

Cuando los dos Exaltados se encuentren al fin, tendrán que unir sus fuerzas para luchar, no contra uno, sino contra todos sus enemigos. Y en tan desesperada circunstancia, puede que ni la fuerza del Sol Invicto baste para salvarlos.

Dedicado a Saul e Irene Dansky,
por los años de apoyo y amor, por
su ánimo infinito y, sobre todo,
por aconsejarme que no sea tan
duro con Cazarratas en esta
ocasión.

Bajaron a Cazarratas al decimotercer día de haberlo colgado; trece días de tormento a manos de Holok y Flor Implacable. Durante casi dos semanas había estado suspendido de las ramas de un árbol, con los brazos retorcidos y rotos. Los insectos y los pájaros se habían alimentado de su carne, y las arañas habían anidado en su cabello enredado. Sólo las gotas de lluvia de las dos últimas tormentas habían mojado sus labios agrietados y en todo ese tiempo no había probado bocado.

No había dormido y durante esos trece días y trece noches había pendido despierto de aquel árbol. Al principio del dolor había evitado que se desmayara; la punzante agonía de sus brazos lo mantenía consciente. Luego, cuando el dolor había dejado de importarle, se había sentido inmune al sueño y había estado con los ojos ciegos noche y día.

Finalmente, llegaron las visiones. En una había visto al gran pájaro carroñero, Retón, burlándose de él y prometiéndole enviar a sus siervos a alimentarse de su cuerpo putrefacto. En otra, el Príncipe de las Sombras le había dado la espalda con pesar, envuelto en una hoguera y sangrando por las palmas de sus manos. Cazarratas había intentado llamarlo, pero su garganta estaba tan seca que no podía emitir otro sonido que no fuera un débil y ronco chillido. Había oído a sus perros aullando en la distancia, y en una ocasión creyó haberlos visto, pero lo eludieron frenéticamente.

Y el último día antes de que acudieran a socorrerlo, la había visto a ella. Estaba de pie frente a él, recatada como siempre, vestida con la misma túnica que la abrigaba el día que le había robado la vida. No veía a su protector por ninguna parte y Cazarratas había luchado contra sus ataduras en un intento por liberarse y arrebatarle la vida de su odiado y frágil cuello. Sus esfuerzos fueron inútiles, se relajó en sus ataduras, vencido, y ella habló.

—Tú y yo nos volveremos a encontrar —dijo—. La rueda sigue girando.

Se había inclinado para besarlo en la frente. Luego había desaparecido y todo lo que pudo saborear fue el polvo.



Los hombres vinieron para bajarlo al día siguiente. Había media docena de ellos, montaban a lomos de robustos caballos negros empapados por el sudor de la carrera.

—Ahí está —dijo uno, y espolearon a sus monturas sobre la cresta de la colina y por la pendiente hasta donde él se encontraba.

No fueron cuidadosos cuando lo bajaron. Utilizaron cuchillos de hojas anchas para cortar sus ataduras y las manos embrutecidas tiraron de sus miembros retorcidos para librarlos de su confinamiento. Quería gritar por la agonía, pero ningún sonido emergió de la carne reseca en la que se había convertido su garganta. De modo que lo bajaron de mala manera del árbol y lo tendieron sobre el cercano suelo. Uno trajo agua y le humedeció la cara, empapó a continuación un pedazo de tela y lo invitó a chupar el valioso líquido gota a gota. Enderezaron sus miembros rotos

con crudeza pero con eficacia, y colocaron una manta doblada bajo su cabeza.

—¿Quiénes sois? —consiguió graznar después de que una cantidad suficiente de agua hubiera sido derramada entre sus agrietados labios—. ¿Por qué habéis venido a buscarme?

—Servimos al Príncipe de las Sombras —respondió uno de los hombres—. Nos ordenó encontrarte. Así lo hicimos. No es aconsejable contrariarlo.

Cazarratas soltó una risotada ronca.

—No, no lo es.

El hombre asintió.

—Eso nos han dicho. El Príncipe cabalga ahora y Pelesh también. Se nos dijo que debíamos comunicártelo.

—¿Pelesh? —tosió—. Las cosas deben estar muy mal si esa comadreja ha abandonado su madriguera. ¿Qué está ocurriendo?

—No lo sé. A nosotros sólo nos dijeron que te buscáramos, te bajáramos, te tendiéramos y te diéramos estos recados. Se nos encomendó otra tarea de la que no te puedo hablar.

—¿Eh? —Hizo un esfuerzo por levantarse y cayó estrepitosamente al suelo—. ¿Y qué podría ser? ¿Y cuándo nos marcharemos? Creo que pronto estaré bien. Agua es lo que necesito. Agua y un poquito de tiempo.

—Nos marcharemos pronto —respondió el hombre con suavidad. A su alrededor reinaba un gran bullicio mientras los demás se preparaban para la marcha.

—¿Nos marcharemos? —Cazarratas miró en rededor—. No veo ninguna carretilla o carreta. ¿Montaré detrás de vosotros?

—No —respondió y le cortó el cuello.

Sorprendentemente no manó mucha sangre, sólo un goteo. El hombre que lo había asesinado lo cubrió con la manta que había servido de almohada e ignoró el delgado reguero de sangre que bañaba la tierra.

—Perdóname —dijo, y dejó el cuchillo sobre el pecho del cadáver—. Es mejor que seas juzgado y renazcas. Envidio tu viaje.

Montó entonces a caballo y los jinetes partieron a caballo hacia el sur y el oeste.



Quit Toloc se había ganado la fama de lugar maldito en los días que siguieron al exterminio total de su población. Los viajeros que se detuvieron allí para encontrar un refugio o en busca de alimento, no encontraron más que montañas de huesos chamuscados, ganado muerto en las calles y un templo profanado. Las paredes estaban manchadas de sangre y los restos no ofrecían clave alguna que revelase el paradero de sus habitantes; lo único que parecía obvio era que su destino había sido repentino y violento. El sino del templo era otro misterio pues parecía inconcebible que la Orden Inmaculada hubiera abandonado uno de sus lugares sagrados. Y, sin embargo, ahí estaba la solitaria estructura; las puertas suspendidas de los goznes y los pájaros anidando en el santuario. No había monjes hacendosos reparando los daños, ni devotos rezando en los pasillos. Unos cuantos valientes osaron adentrarse hasta el corazón del templo, donde encontraron puertas despedazadas en el suelo de una tosca habitación y un desolado umbral que despedía un terrible hedor.

Pocos fueron los que se atrevieron a robar las reliquias del templo. Ninguno fue lo bastante estúpido para arriesgarse a entrar en la oscuridad. Todos contaron el horror

que habían visto en Qut Toloc, y aquellos que escucharon su relato extendieron aún más la historia. Las mujeres prudentes y los hombres sensatos decidieron pasar de largo de aquellas ruinas en sus viajes. Los sabios cartógrafos modificaron también las rutas. Aquellos cuyos mapas habían sido tan detallados como para incluir la aldea, la borraron; los que la habían ignorado, la incluyeron como un lugar peligroso, maldito. Los sacerdotes itinerantes utilizaron la destrucción de Qut Toloc como objeto de sus enseñanzas en los sermones y los Mil Dioses giraron sus cabezas y se negaron a responder cuando se les preguntaba.

Y de esta manera, en pocos meses, Qut Toloc pasó de ser un lugar desértico del que sólo unos pocos habían oído hablar y muchos menos habían querido acordarse, a convertirse en un nombre conocido y divulgado por los cuentacuentos y bromistas de la Creación a lo largo y ancho del mundo. Acabó siendo un lugar que había que evitar y temer, una aldea cuyo nombre apestaba con el hedor a muerte.

Lo que, por supuesto, explica por qué los cazadores de tesoros encontraban el lugar irresistible. Esperaban encontrar bestias a las que aniquilar, reliquias de la Primera Edad que saquear riquezas y gloria diseminadas por las calles de la aldea como conchas en una playa arenosa.

Lo que, sin duda, nadie se esperaba era encontrar a Eliezer Wren emergiendo de la profunda oscuridad.



En el momento en que llegó a lo alto de las escaleras de caracol, Wren supo que no podría darse el baño con el

que había estado soñando. La luz tenue y el hedor estancado impregnaban el aire mientras se aproximaba. Vio que las puertas que sellaban las catacumbas habían sido arrancadas de sus goznes por alguna fuerza rabiosa. Las manchas marrones de las paredes y el suelo sólo podían ser de sangre, y los profundos arañazos en la piedra atestiguaban que algo horrible había sucedido allí.

Wren se rascó la frente, pensativo. El oxígeno estaba menos viciado que en las catacumbas, pero hedía aún a podredumbre y animales. Los excrementos de los pájaros manchaban aquellos lugares donde no había sangre y en todas las esquinas había telarañas.

Wren sabía que si Kejak hubiera visto aquello, rodarían las cabezas de los monjes. Si el núcleo del templo estaba sumido en aquel desastre, sólo el Sol Invicto sabía en qué condiciones estaría lo demás.

Examinó el patrón de manchas de sangre que había en el suelo y frunció el entrecejo. Eran antiguas, mucho más de lo que hubiera esperado. A partir de las pisadas marcadas sobre la sangre reseca pudo reconstruir las batallas que se habían librado en aquella habitación y no le gustó lo que vio. Los arañazos en la piedra atestiguaban la ferocidad del combate. Una huella sangrienta impresa en una de las paredes lo hizo estremecer; el corte profundo que había tras ella lo decía todo.

—Esto está mal —susurró—. Alguien tendría que haber vuelto para consagrar el templo otra vez. Ocuparse de los muertos, como mínimo. Para cerrar las puertas de las catacumbas. —Miró por encima del hombro hacia la oscuridad que se extendía más allá. Como esperaba, nada se movía allí—. Si ningún miembro de la Orden ha estado aquí, debe ocurrir algo grave.

Wren decidió, mientras seguía un rastro de sangre por los pasillos, que no necesariamente era malo que no hubiera monjes en el templo. Aunque a la mayoría de los invitados, particularmente a los Inmaculados, se los trataba con

hospitalidad dentro del templo, Wren estaba casi seguro de que su Exaltación no sería bien recibida. En el mejor de los casos, se vería obligado a responder a preguntas difíciles sobre el daiklave y sobre lo que había estado haciendo entre los muertos. En el peor, se hubiera organizado una Partida Salvaje improvisada en las habitaciones del templo.

En cualquier caso, estaba claro que debía tener cuidado, de modo que caminó con lentitud por los salones, deteniéndose de vez en cuando para examinar la carnicería. Vio los rastros que habían dejado tras de sí los saqueadores. Habían arrancado los candelabros de las paredes y habían destrozado o robado los braseros y tapices. La destrucción del templo estaba escrita por todas partes con sangre reseca; salpicada en las paredes o regada por el suelo.

Wren decidió que el causante había sido un hombre. Una pareja de pisadas pasaban de una a otra carnicería y los cortes y arañazos impresos en las paredes tenían todos un tamaño, una forma y una profundidad importante.

—Un hombre —murmuró y silbó. Recordó las interminables mañanas de entrenamiento en el patio; la elegancia y velocidad incomparables de sus compañeros e instructores. Que un solo hombre hubiera recorrido el templo y acabado con tantísimos monjes era algo casi inconcebible—. Cazarratas —susurró. Nadie más podría haberlo hecho. Tenía todas las de perder. El hombre que lo había hecho prisionero en las mazmorras del Príncipe de las Sombras se había cobrado una victoria sangrienta en la guerra contra los cielos que se había librado allí.

Una guerra, se percató, en la que también él combatía.

Se dio cuenta de que era mucho más que un soldado. De pronto todo tenía sentido. Aquello no era un juego, ni una de las maquinaciones de Kejak. Los poderes entre los que se movía eran fuertes y terribles; capaces de hacer milagros y cometer barbaries con la misma facilidad. Su mente se había negado a comprender lo que había hecho cuan-

do rechazó la oferta del dios muerto. Tampoco Idli, el cruel y traicionero Idli, era fácil de entender, salvo cuando los golpes volaban y la urgencia del combate conseguía hacerle olvidar toda su filosofía.

Pero aquello era colmo. Cazarratas era quizá la peor criatura con la que había tenido la desgracia de cruzarse; una alimaña presumida, arrogante y sádica. Había bailado siguiendo el son tocado por el Príncipe, tramado con los demás sirvientes y aprovechado la primera oportunidad para deshacerse de todos aquellos Inmaculados devotos y entrenados.

Se estremeció al comprender qué clase de enemigo era Cazarratas. El duelo al que había sobrevivido en los aposentos de Flor Implacable le parecía ahora un chiste, una broma del Sol Invicto.

Y si el Sol Invicto no hubiese escogido aquel momento para Exaltarlo, también él estaría muerto. Habría quedado sometido a la rabia y poder del Anatema.

Ahora formaba parte de los Anatema. Lentamente y con suavidad había despertado el poder de su interior. Aunque parecía evidente que Cazarratas se había ido hacía tiempo, cabía la posibilidad de que regresara y la profundidad de los arañazos de las paredes le advertían que aquél no era el mejor momento para tentar a la suerte.

Continuó abriéndose paso hacia el inevitable santuario central. Sabía que no había necesidad de ir allí, pero sentía cierta curiosidad morbosa y una esperanza cansada. Tal vez Cazarratas hubiera ignorado el santuario. Quizá, se dijo, aún siguiera intacto.

Dobló el último recodo y estuvo a punto de caer de bruces por el impacto. El santuario, o lo que quedaba de él, se extendía delante de él. El tiempo no había jugado a su favor. Los pájaros habían anidado en el altar y en los aleros y sus excrementos salpicaban toda la habitación. Las viejas manchas que cubrían las paredes y el suelo eran de varias tonalidades diferentes de marrón y el fétido olor re-

velaba hasta qué punto había sido profanado el lugar. Todos los adornos habían desaparecido, bien robados o destruidos. Por los rastros alargados dejados en el suelo, pudo ver que habían sacado muchos cuerpos a rastras al exterior. Estaba claro que el santuario se había convertido en un matadero donde habían sido asesinados los sacerdotes y sus servidores.

Salió de allí sintiéndose enfermo. Quienes solían pronunciar tan a la ligera la palabra "abominación" tendrían que ir allí para comprender su verdadero significado. Aquélla sí que era una auténtica abominación y no en lo que él se había convertido. Allí estaba el verdadero horror. Por primera vez creyó comprender por qué un día en el oscuro y lejano pasado, Kejak y sus consejeros habían decidido que era necesario convocar a la primera Partida Salvaje.

No era del todo ajeno a la posibilidad de que la Partida lo juzgara alegremente autor de aquella devastación; es más, estaba convencido de que si alguien lo encontraba allí no vacilaría a la hora del acusarlo. De nada serviría que no tuviera motivo; las personas no eran demasiado lógicas cuando debían enfrentarse a cuestiones como los asesinatos masivos y los Exaltados.

Incluso él, admitió, había sido culpable de ello en alguna ocasión.

Pero ahora no era el momento de hacerse reproches, ni de pararse a pensar en la naturaleza irónica de las cosas. Una rápida ojeada le había informado de que no había cuerpos que necesitaran ser enterrados o almas a las que mostrar el camino. Aquello, por lo menos, era una bendición. Saldría del templo, buscaría provisiones y abandonaría la aldea. El peso de la espada a su espalda le recordó la deuda que debía a los fantasmas de las catacumbas que había debajo; la súbita sed era un recordatorio de una necesidad aún más inmediata.

Salió del santuario, corrió por los pasillos del templo y deseó, sin mucha convicción, encontrar una aldea en las

proximidades.

Sintió una repentina calidez en la frente y cambió su deseo: tendría que ser una aldea habitada sólo por ciegos o ignorantes.



Se adivinaban aún los rastros de sangre en los escalones de entrada al templo cuando Wren emergió. La verdad, no había esperado otra cosa. Los elementos, sin embargo, habían ayudado a languidecer el recuerdo. Con el paso del tiempo, derrumbarían el techo y harían lo mismo en el interior del templo.

Wren vio que había existido allí una aldea. La mayoría de los edificios aún estaba en pie, aunque muchos mostraban evidencias de haber sido pasto de las llamas. Había unas dos docenas de casas, un establo, una herrería y otros edificios cuyo propósito no pudo adivinar; todos, en mayor o menor medida, sumidos en un estado de deterioro considerable. Algunos sólo se habían quemado parcialmente y otros hasta los cimientos.

En el centro de las cabañas había una rústica plaza y en el núcleo de la misma, una pila de huesos quemados. Los esqueletos de animales que había en las calles lo llevaron a pensar que los de la plaza debían pertenecer a los seres humanos. Sin duda los habitantes de la aldea y los que fueron arrastrados fuera del templo.

Las calles no hedían a muerte y dio gracias por ello. Allí no quedaba más que polvo y hollín, levantándose con cada una de sus pisadas. Miró tras de sí y vio cómo la brisa apartaba el polvo a un lado. Cualquiera que estuviera en el área

se percataría de que había alguien allí y si no era tonto, sabría que estaba solo. El pensamiento hizo que se sintiera inseguro. Disminuyó la velocidad de su marcha y pisó con suavidad para que las nubéculas de polvo que levantaban sus pies al caminar fueran más disimuladas.

Llegó a la plaza del pueblo y vio que había sido pavimentada con adoquines. La mayor parte, salvo aquella acariciada por los vientos, estaba libre de polvo. La pila de huesos yacía en el centro de la plaza y, con un solo vistazo, Wren supo cuál había sido su función: una pira. Aquello no había formado parte de la carnicería. Más bien eran sus consecuencias. Después de todo, alguien había estado allí, había visto la destrucción y hecho lo que había podido por las víctimas. No mucho, pero sí lo suficiente para proteger los cadáveres de los muertos de los carroñeros y dar a las almas algún descanso.

¿Pero quién se había tomado la molestia? No podía dejar de formularse preguntas. Si habían sido los Inmaculados, ¿por qué no habían limpiado el templo también? ¿Y quién más podría haberlo hecho? Con toda seguridad los saqueadores no se habrían molestado. ¿Quizá los aldeanos mantenían buenas relaciones con los espíritus locales? Ninguna de las explicaciones lo convencía. Se acercó un paso a la pila de huesos chamuscados y frunció el ceño. «¿Acaso importa? —Se preguntó—. Después de todo, hace tiempo que han muerto».

El sonido de unos cascos interrumpió sus reflexiones. Con media docena de zancadas, Wren abandonó la plaza y se ocultó entre las sombras proyectadas por un par de chozas en relativo buen estado y cuyas paredes exteriores parecían capaces de resistir a una brisa fuerte sin desmoronarse.

Dos jinetes se aproximaron montando al paso. El líder tenía barba, era fornido y estaba bien armado. Vestía polainas de cuero gastadas y un collar con colmillos de gran tamaño. En sus anchas muñequeras se adivinaban cuchillos